

Lugares y relaciones de Jesús

Por Sr. Chiara

Introducción

El camino que comenzaremos responde a la petición de identificar diferentes lugares dentro de los evangelios en donde Jesús presenta relaciones importantes, cotidianas o no. Intentaremos entrar en esos lugares, quedarnos, encontrarnos, mirar y escuchar cómo Jesús los vive como lugares de salvación precisamente porque en ellos cobran vida relaciones que tienen consistencia, calidad y nunca relaciones anónimas o distraídas. ¿Cuáles son las cualidades de las relaciones de Jesús? ¿Qué nos dicen sobre el cómo vivir nuestras relaciones en esos lugares determinados, en esos ambientes que no son sólo escenografía, sino que dan características al encuentro mismo? Hay personas que interactúan con Jesús y Jesús con ellas: el lugar se convierte en hábitat, es decir, en el conjunto de condiciones donde Jesús se encuentra a gusto y que se vuelven parte del acontecer y sostén de la relación misma.

Iniciamos nuestro vía de ocho encuentros anuales siguiendo a Jesús en un itinerario que lo lleva de su casa al camino, a los pueblos/ciudades, a los lugares de trabajo, a la montaña, al mar, al templo, al desierto. En estos lugares tendrán lugar encuentros: con sus padres, con parientes, con amigos, con discípulos, con pecadores, con enfermos, con fariseos, con paganos, con multitudes.

Este año intentaremos revivir algunos de estos encuentros, adentrarnos en esos lugares y hacer nuestras las cualidades de esas relaciones. Los próximos años serán como una especie de liturgia, que recuerda e invita a profundizar en la vida de Jesús, en el tiempo, y a recorrerla. Volveremos a salir de casa, con otras relaciones, otros encuentros, a andar caminos, pueblos, etc. ...

Buen camino para todas, orando para que el Señor de la historia nos guíe juntas a vivirlo en nuestro pedacito de historia aprendiendo a tejer los hilos de la comunión.

En la casa de Nazaret

¿Qué significa hogar en la Biblia? Debemos preguntarnos esto para adentrarnos en la mentalidad judía y darle un valor al término cuando aparece en el Evangelio y en la vida de Jesús. Generalmente en hebreo es *bajit*, ambiente doméstico entendido como un lugar cerrado y protegido separado de un medio hostil (Gn 19), conquista y refugio de una civilización antes nómada, conquista respecto a la tienda y propia de la condición permanente. Sin embargo, no solo indica la construcción de piedra sino también la familia, el entorno de quienes conviven. Para la estructura judía, la unidad social indivisible constaba no sólo del núcleo estrecho sino también de siervos, esclavos y esclavas, como nos presenta el libro del Génesis en la composición de la familia de Abraham (Gn 12,5; 14,15). También se entendía como la descendencia de una persona, es decir, de una tribu o un rey, como Judá y David.

En el Evangelio encontramos el término *oikos* u *oikia* para indicar respectivamente la casa como estructura o la casa como ambiente familiar.

Sin embargo, fundar una casa en la Biblia significa no sólo levantar muros, sino generar descendencia y transmitir ejemplos de vida religiosa y virtud (Pr 14,1; 31,10-31; Sal 127,1).

La referencia a la casa es frecuente en los Evangelios en relación a la genealogía, a la realidad histórica de Jesús: es de la tribu de Judá, de la casa de David (Mt 1,3; Lc 3,33). Más precisamente, José es de la casa de David (Lc 1,27) y Jesús reinará sobre la casa de Jacob (Lc 1,33).

¿Cómo vive Jesús la relación con sus raíces históricas, con las personas que tiene a su lado, María y José en primer lugar? ¿Y su relación con el Padre? La casa de Jesús es en realidad mucho más grande, está formada por "las cosas de su Padre" (Lc 2,49), pero él aprende a vivir plenamente la relación humana gracias a sus padres, como acogida y realización de su tarea de construir el hogar, es decir, transmitirle el bagaje y la virtud religiosa, el calor y la belleza de la vida del justo (José) y de la custodia de la Palabra (María).

Nos acercamos a un texto que es el final de los llamados evangelios de la infancia de Lucas. Tratemos de descubrir entre líneas las relaciones de Jesús hijo.

Invoquemos al Espíritu

*Espíritu Santo,
que en el silencio hiciste de María la casa del Verbo,
haznos acogedores y abre nuestro corazón
para recibir esa "voz de sutil silencio"
que reveló la presencia de Dios a Elías, en el Horeb,
para que tu ligero soplo nos haga sintonizar
a la vida silenciosa de Jesús en su casa de Nazaret,
con la paz, la alegría, la sencillez
de su vida de comunión
con el Padre, con María, con José.*

Lectio

Del Evangelio según Lucas 2, 51-52

51 El regresó con sus padres a Nazaret y vivía sujeto a ellos. Su madre conservaba estas cosas en su corazón. 52 Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia, delante de Dios y de los hombres.

Estamos en la conclusión del segundo capítulo del Evangelio de Lucas, del conjunto de textos iniciales que llevan el nombre de Evangelios de la infancia, pero que, más precisamente, es el "Evangelio de los orígenes", que responde a la cuestión de quién es Jesús: desde el principio Jesús es el Hijo de Dios y es el Señor. Podemos encontrar en el comienzo del Evangelio de Lucas todos los elementos que constituyen entonces la profesión de fe pascual: Jesús, hijo de Dios, salvador. Lucas, de hecho, en su comunidad, tiene algunos que pensaban que Jesús se había convertido en el Hijo de Dios en el bautismo. En este contexto, los evangelios del origen y nuestros versículos destacan cómo la relación de hijo de Dios es constitutiva de Jesús, es

desde su concepción (1,32), y se concreta en la historia, en una casa entendida como dinastía (2, 4), a través de las relaciones con Dios y con los hombres, en un lugar, la casa de Nazaret de María y José, donde es necesario "bajar" para aprender las relaciones, para "crecer" en la conciencia de su ser, de su misión.

Regresar (bajarse): Destacamos este término que sigue a la expresión vivir sujeto. Jesús regresó y fue a Nazaret y estaba sujeto a ellos. Inmediatamente después, aparece un movimiento contrario: iba creciendo, o mejor dicho, progresó en edad, sabiduría y gracia.

En la casa de Nazaret, pues, parecen existir dos movimientos que recuerdan los del dinamismo pascual: bajar y subir. Este dinamismo recuerda lo que Pablo destaca en términos más fuertes en Fil 2, 8.

	Lucas	Pablo
Regresar/bajarse	descendido / siendo sumiso	humillado / obediente
Alzarse	iba creciendo en sabiduría, edad, gracia	exaltado

Encontramos el mismo dinamismo (el que se humilla será enaltecido) en Lucas en 18,14 donde el recaudador de impuestos después de haber pedido simplemente a Dios que sea bueno con él, regresa a su casa siendo justo.

Nuestro texto parece decirnos que la casa de Nazaret es el lugar donde ya podemos vislumbrar el dinamismo pascual que Lucas destaca en todo su Evangelio: toda la vida de Jesús, que toma una actitud voluntaria de ser sumiso (de cooperar, de tomar una carga, una responsabilidad), en realidad es un avance, un progreso en esa sabiduría acorde a su edad y en la benevolencia (gracia) ante Dios y ante los hombres, hasta esa sobre exaltación, obra del Padre, que "le da un nombre que está por encima de todo otro nombre" (Fil 2,9).

Pablo, en estos versículos de la carta a los Filipenses, continúa afirmando que Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre: en nuestro texto, con Lucas, vemos los inicios de este camino caracterizado siempre como un camino de crecimiento que glorifica al Padre, que manifiesta su amor ante los hombres, caracterizado ya sea por un aspecto que depende de Jesús, que aprende como evolución humana, o como por la acogida del don puro del Padre. Es ya un camino pascual, una progresión, que se convertirá en una ascensión hacia Jerusalén donde Jesús crucificado será reconocido como Señor y Salvador como el mismo Lucas afirma en Hch 2,36 y 10,36.

Relaciones como fundamentos

Los versículos que preceden a los que estamos escrutando, nos muestran a Jesús en Jerusalén, en el templo, escuchando e interrogando a los maestros de Israel. Jesús tiene doce años y aun antes de los trece años, en que la peregrinación a Jerusalén en las fiestas solemnes (Pascua, Fiesta de las Semanas, Fiesta de las Tiendas) se hace obligatoria para los niños, cumple la prescripción de ir acostumbándose poco a poco a la mandamientos. Jesús se desliga de la *synodia*, la **comunidad en camino** con la que estaba, **se desliga de María y José**,

permanece en el templo, y frente a su intenso dolor, angustia, manifiesta la clara conciencia de tener otro Padre, es más, que es necesario, un deber, necesidad **de estar en las cosas** de su Padre (2,48-49). Es la proclamación de una obediencia prioritaria al Padre ("es necesario" es un término que vuelve siempre en los Evangelios para subrayar la disposición de la voluntad del Padre), de una conciencia de ser Hijo de Dios que también se hace cargo de una misión: se ha desprendido de la *synodia*, porque comienza para él una nueva peregrinación, un nuevo camino que un día lo llevará de vuelta a Jerusalén: los tres días de búsqueda de María y José eclipsan los tres días de sufrimiento por la ausencia de Jesús en el sepulcro. Esa obediencia/fidelidad al amor del Padre lo llevará a la crucifixión y a la muerte.

El punto en el que nos queremos centrar son las características de las relaciones de Jesús en su hogar entendido como ámbito familiar.

Del acontecimiento anterior emergen ya dos elementos: **la libertad y la obediencia**, que se armonizan en Jesús. La libertad de desprenderse de la mirada de María y de José para buscar y tomar conciencia de su identidad de Hijo de Dios. Lucas destaca la conciencia de Jesús de una **relación primaria y profunda con el Padre**, cuyo proyecto acoge "entrándose en sus cosas", entrando, participando de la mirada del Padre sobre él y sobre sus cosas. ¿Cómo es este aspecto? A lo largo del Evangelio de Lucas, Jesús narra y revela a un Padre cuya mirada es misericordia y quiere misericordia (6,36). La misericordia es una **participación visceral** en la vida, en el sufrimiento, en la existencia del otro.

Si la obediencia primaria al Padre deriva de la conciencia de Hijo de Dios, Jesús no falla en esto al descender e ir a Nazaret, pero Lucas sugiere que viva la comunión con el modo de amar del Padre, la obediencia, en la concreción de relación con María y José. María y José son parte de las cosas de su Padre: Lucas ya ha destacado cómo el Padre eligió a María "esposa de José". Jesús desciende entonces a Nazaret, no de mala gana, sino como **entrega amorosa hacia quienes el Padre le ha dado y hacia quienes Él ha sido dado para vivir la concreción del amor del Padre, la participación en la vida del otro**.

Detengámonos entonces en lo que Lucas nos cuenta acerca de Jesús en la casa de Nazaret. Ya en el v. 2,40, a su regreso a Nazaret, después de haber sido presentado al templo de Jerusalén según la ley de Israel (2,22), Lucas afirma que "el niño **crecía, se fortalecía** (en el sentido de hacerse poderoso, siendo dueño de) **lleno** (provisto en abundancia) **de sabiduría y la gracia de Dios** estaba sobre él". En nuestros versículos (2, 52), como ya hemos señalado, Lucas reitera que Jesús fue sumiso y progresó en sabiduría, edad y gracia ante Dios y los hombres.

Podemos comprender que ser sumiso no es despersonalizar y que estar lleno de sabiduría y de gracia no está en contradicción con el progreso: se trata de adquirir una conciencia cada vez mayor de la sabiduría de la cual está lleno, en relación con el tiempo que transcurre. Pablo dirá que Cristo es "poder de Dios y sabiduría de Dios" (1Cor 1,24), "por obra de Dios se hizo para nosotros sabiduría, justicia, santificación y redención" (1Cor 1,30), en él "todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento" (Col 2, 3). He aquí pues que en la relación con María y José, en la casa de Nazaret, el don de la sabiduría y de la gracia, obra de Dios, emergen cada vez más manifestándose ante la mirada del Padre y de los hombres.

Recibir y donar

Si la relación es dar y recibir, ¿qué recibe Jesús de María en la casa de Nazaret? Ser sumiso se convierte en aceptación del don de quienes lo rodean. Probablemente aprende de María a guardar y cuidar de las palabras (1,19; 2,51) a escuchar la palabra, intentando hacer una síntesis en el corazón, juntar (1,19) la intuición profunda de sí mismo y de los acontecimientos externos. Quizá habrá descubierto precisamente en ella cómo realizar en la concreción del ser humano el hecho de ser siervo del Señor (1,38) en el abatimiento que se abre al descubrimiento de una grandeza diferente (1,49), como Lucas coloca en los labios de María en el Magnificat para mostrarnos el argumento principal, el anuncio de la relación de María con Dios, su fe vivida cotidianamente. La habrá visto en silencio, sin comprender hechos mayores a ella (2,19. 50.51b), hechos que le preocupaban, de los que sólo ella conocía el verdadero origen. Habrá vivido con ella una especie de complicidad donde también él aprendía de lo que vivía: como María, Jesús aprende a vivir una misión que se revela en el tiempo, que comprende por la Escritura y por su historia concreta, poniéndose bajo la mirada de Dios.

¿Qué recibió Jesús de José? El hombre justo ante Dios, el que está en armonía con su ley, con su voluntad; es también el hombre que enseñó a Jesús el *Shemá*, que lo llevó consigo a la sinagoga, es el hombre que lo introdujo en una casa, interpretada como dinastía; que contribuyó a su conciencia como descendiente de David, conciencia mesiánica. Los Evangelios describen a José como un hombre capaz de vivir una justicia superior (Mt 1,19), capaz de acoger las indicaciones de Dios (Mt 1,24; 2,13), levantarse, llevar consigo al niño y a su madre y marcharse (Mt 2,14. 21-23) para custodiar la vida de los que ama, de los que le han sido confiados. Quizás Jesús aprendió de él, como también de María, el cuidado, la responsabilidad, la docilidad y hasta el cansancio de un oficio que lo identifica socialmente: ¿no es el hijo del artesano? (Mt 13,55).

¿Qué les da Jesús a María y José? Su relación con el Padre se convierte para ellos en la misericordia de Dios, esa misma que su madre proclamaba en el Magnificat (1,50.54), de su cercanía y de la fidelidad a sus promesas. Podemos definir la sumisión de Jesús como cooperación con ellos, aceptación; su progreso en sabiduría y gracia de algún modo se derrama sobre ellos, refuerza la sabiduría del justo José, lleva a plenitud la misión de vida de sus padres. Todos juntos recorren el camino de Dios, la sumisión y el crecimiento se convierten ambos en formas de un amor que armoniza todo lo que Jesús recibe del Padre con la escuela de humanidad de María y José. Podemos deducir que el fundamento de la relación de Jesús es una gran seguridad y confianza, aunque con extrema franqueza: en el templo les proclama abiertamente que es el Hijo de Dios (2,49).

Pero la casa de Jesús, entendida como ambiente familiar, es una casa que se expande: el vínculo, la relación se establece de tal manera que “mi madre y mis hermanos son los que oyen la palabra de Dios y la ponen en práctica” (8, 21). Quien corresponde a estas características entra en relación paterna con Jesús para convertirse en madre para él, porque lo engendra, y en hermano, porque se parece a él. En lugar de distanciarse de la madre, como se suele interpretar, Jesús pide ser semejante a ella y ella a él. La casa ampliada la constituyen quienes llevan la huella de la relación fundante de Jesús con el Padre y de María con su Señor: la escucha de la palabra y su puesta en práctica.

Meditatio

Para Jesús el hogar es, sí, un lugar de intimidad, pero no es un nido cerrado.

La mirada a las relaciones que se experimentan en la casa entendida como ambiente familiar, parece decirnos que necesitamos bajar para aprender lo humano y crecer en el espíritu:

- podemos articular y personalizar la dinámica de sumisión/aceptación actualizando qué significado concreto asume en nuestra vida cotidiana. ¿A quién me cuesta acoger? ¿A quién rechazo? ¿Cómo vivo mi libertad y en consecuencia la obediencia? ¿Estoy dispuesto a aprender incluso de las relaciones difíciles? ¿Bajar de mi pedestal reconociendo que el Padre me da a unas hermanas?

- Jesús no se esconde de sus padres. ¿Cómo cultivo la apertura y la franqueza con aquellos con quienes tengo una relación más estrecha?

-¿Qué rostro del Padre me acompaña en mi crecimiento para progresar como mujer, como cristiana, como consagrada?

Creo que todas hemos tenido la experiencia de que el paso de la edad nos pone en un proceso en el que redescubrimos a las personas que nos rodean y la influencia que han tenido sobre nosotras... gestos similares, modismos, recuerdos comunes, cooperación en momentos de dificultad. Pero en este proceso también debemos tomar conciencia de qué imagen de Dios hemos desarrollado y proyectado fuera de nosotras mismas. ¿Es realmente el Padre cuya mirada es misericordia y quiere misericordia? Creo que los pocos versículos examinados nos dicen que, como Jesús, somos lo que somos gracias a las relaciones con nuestros padres, a los modelos asimilados, pero no estamos tanto condicionadas como para no convertirnos también en fuente de novedad, de don, si vivimos auténticamente siendo, ante todo, hijas de Dios, madres y hermanas de Cristo en la escucha de la palabra como obediencia.

No podemos no dejarnos interpelar por textos que parecen contradictorios Lc 2, 51-52.

“Quien viene a mí y no odia a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas y hasta a su propia vida, no puede ser mi discípulo” (Lc 14,26). Ser discípulos también significa velar por nuestros lazos afectivos. No se trata de no darse, de no cuidar, sino de no dejarse arrastrar por lógicas que contradicen la lógica del Evangelio, el modo de relacionarse con Jesús.

"... porque no al precio de cosas corruptibles como la plata fuisteis librados de la conducta vana que heredasteis de vuestros padres" (1 Pd 1,18). ¿Cómo salir, cómo crecer para liberarnos de los condicionamientos culturales contrarios a la libertad que Cristo nos ha conquistado?

Voces de las relaciones familiares para vivir la pobreza y la obediencia como agradecimiento y acogida (RdV nn.16-22-23) de una historia hecha junto a quienes nos han sido dados.

Somos Giancarlo, Isabella y nuestro hijo Giorgio de la parroquia de Castelguglielmo. Nos dicen que somos una familia especial pero nos sentimos una familia como cualquier otra.

Voluamos atrás al lejano 10 de febrero de 1988, cuando estaba en una cama de hospital, donde me acababan de diagnosticar una enfermedad autoinmune. Recuerdo que el jueves por la noche cuando el médico entró a mi habitación y me confirmó el diagnóstico, inmediatamente le pregunté si podía tener hijos, me miró y me dijo "en su caso los niños no se hacen, sino que se adoptan". Miré a Giancarlo, quien simplemente me dijo "¡no hay problema, adoptaremos uno!" Creo que esta fue la declaración de amor más hermosa que me hizo mi esposo. Sin embargo, pasaron algunos años antes de llegar a la decisión de adoptar y el 9 de febrero de 1995 estaba en Lourdes para cumplir un voto que había hecho mi madre (siempre ligado a mi enfermedad): ahí mismo creo que la idea de 'adopción' se consolidó. Nos sentimos listos para acoger a un hijo, incluso con la aprobación de Nuestra Señora. Teníamos las ideas claras: si íbamos a dar este paso tenía que ser hacia un niño que nadie adoptaría. Recibimos una llamada telefónica de la asociación: "hay un niño nacido el 9 de febrero de 1995 y se llama Georgi (traducido) Giorgio"; su fecha de nacimiento correspondía a ese día en el que estábamos ante Nuestra Señora de Lourdes. Partimos el 6 de enero de 1998 para ir a buscar a nuestro pequeño Giorgio, muy felices de llevarlo a casa. En la embajada nos dicen que estamos a punto de traer a casa a un niño enfermo: para nosotros era nuestro hijo, si tenía dificultades, juntos las habríamos solucionado. Después del proceso de adopción (que dura un año), la trabajadora social también nos dice que si hubiésemos querido, lo podríamos internar en una institución. A pesar de todo y de todos, y no ha sido fácil, hoy Giorgio es un chico alegre, tranquilo y con cierta autonomía, se ha integrado a diversas asociaciones donde encuentra su espacio y nos hemos abierto a un mundo que no conocíamos. Y esa voz de "vete a casa y adopta" que parece haberme susurrado Nuestra Señora, ha llenado nuestra vida.

Isabel y Giancarlo

Oratio

Cada pequeño paso, Señor,

conviértelo tú mismo en un avance para aprender relaciones,

un cruce de afectos entrelazados, de intentos llamados amor.

Quisiera, Señor, experimentar la libertad de obedecer al amor.

Pero no sé cómo salir de mí mismo.

Cristo, sabiduría, llévame de la mano,

tú que te despojaste de tí mismo para tomar la forma de siervo.

Sí. Esta es la revelación de aquella sabiduría que aún tengo que aprender...

descender para aprender a servir libremente,

fiel a la escucha de una palabra dicha sobre mí:

eres mi hija... madre... hermana.

Contemplatio

Bajo la mirada del Padre aprendamos a tomar conciencia de nosotras mismas. Dejemos que las defensas colapsen y respiremos el aire desarmado de la hermandad, el aire de la familia.

Collatio

Vivamos el compartir entregando nuestra experiencia a la luz de la Palabra y escuchando a las demás como forma de obediencia recíproca.